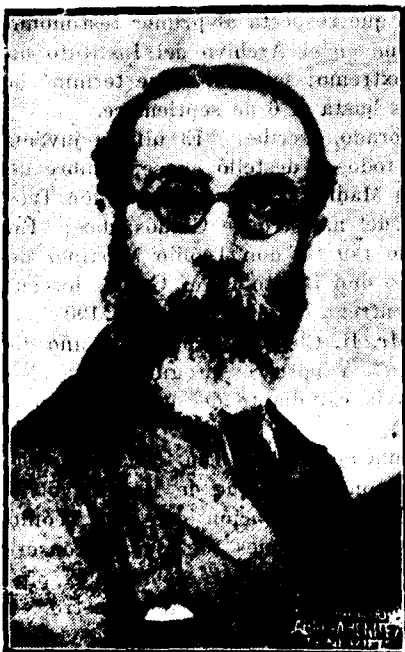


## En torno a la vida de Rafael Arocha Guillama

POR SEBASTIAN PADRÓN ACOSTA



Conocí a Rafael Arocha Guillama por los años de 1916, cuando yo cursaba los estudios de la carrera eclesiástica. Mi primera entrevista con él fué en su casa de la Plaza de la Concepción, núm. 2. Una vieja y sombría casa, donde él vivía, acompañado de una tía suya, hermana de su madre. Una habitación del piso alto, con estantes llenos de libros y de colecciones de viejos periodicos, era su cuarto de estudio y de lectura. Desde aquella mi primera visita nos ligó una amistad íntima. El escritor, en confidencias sucesivas, fué desarrollando ante mis ojos el largo y doloroso panorama de su vivir. Cada día iba interesándome más aquel espíritu solitario y extraño, aquel misántropo rigurosamente vestido de negro, pulcramente rasurado, de andar lento como hundido bajo el agobio de infinitas pesadumbres. Aquel misántropo lleno de silencios, de recuerdos y de amarguras transparentaba en la palidez de su ascético rostro las huellas de un

drama íntimo que mi curiosidad de adolescente deseaba conocer.

Rafael Arocha Guillama nació en La Laguna el 17 de noviembre de 1878 y fué bautizado el día 4 de diciembre inmediato en la parroquia de Nuestra Señora de la Concepción (Libro 49, folio 104). Era hijo de D. José Arocha y de D<sup>a</sup> Juana Guillama. Había sido cristianamente educado por su madre, señora de arraigadas creencias religiosas. A los trece años ingresó en el Seminario Conciliar de La Laguna, como alumno externo. Cursó con la nota de *meritissimus* el primer año de Latín y Humanidades en el curso de 1891 a 1892. Siguió sus estudios hasta el curso de 1900 a 1901. La amistad que sostuvo con un espiritista que a la sazón vivía en la ciudad de La Laguna le disuadió de proseguir la carrera eclesiástica por la que había sentido antes tanta predilección. El abandono

de sus estudios eclesiásticos causó graves disgustos a su madre que tantas ilusiones había puesto en aquel hijo al que adoraba y al que deseaba ver subir las gradas del altar para celebrar el Santo Oficio. Su madre vió desvanecerse aquel sueño dorado de su corazón religioso.

Rafael Arocha conservó siempre gratísimos recuerdos de sus profesores del Seminario, principalmente de D. Leoncio Jordán, de quien dijo un día el Obispo Urquinaona la siguiente frase: "Dos cosas grandes tiene Tenerife: el Pico de Teide y la cabeza de Jordán."

Después de abandonados sus estudios del Seminario, abrió una escuela de primeras letras en una casa de la calle del Tisón, en la ciudad de La Laguna, y se dedicó de lleno a la literatura, publicando artículos en los periódicos locales. Al cambiar de vida, había cambiado también de ideas. Sus artículos tendenciosos le acarrearón serios disgustos, entre éstos el haber sido procesado por el comentario que hizo de un asunto local. De esta época son sus libros "De mi tierra" y "Fruta eucarística". "De mi tierra" es una serie de visiones de la tierra canaria, de gran fuerza descriptiva. La obra ostenta en su portada estas palabras: "Trabajos entregados al fuego". La obra había sido presentada a un concurso literario y no había sido premiada. Preceden a este trabajo frases de encendida intención satírica contra el Jurado calificador. En este tomo se publica también un ensayo de novela, titulado "Rosarillo", de Carlos Cruz. "Fruta eucarística" es una novela en que se interpretan satíricamente las palabras que pronuncia el sacerdote en el momento de la Consagración de la Hostia y del Cáliz.

En el momento de la plenitud de su fiebre literaria muere su madre. D<sup>a</sup> Juana Guillama. Este hecho fué, sin duda, el acontecimiento más doloroso de su vida. Tal efecto le produjo que tuvo un ataque de enajenación mental transitorio. Desde que murió su madre dejó de escribir. Lleno de pesadumbre, me decía que él, con su conducta anticatólica, había sido la causa de la enfermedad y de la muerte de su madre. Y que le torturaba aquel remorquimiento. A raíz de este acontecimiento de su vida, se le veía con frecuencia arrodillado al pie del altar de la Virgen del Carmen que se venera en la Parroquia de Nuestra Señora de la Concepción de La Laguna.

Permaneció durante muchos años retirado de la vida literaria. Estaba elaborándose en él un cambio de ideas. Fué en estos años de lucha íntima cuando le conocí. Yo seguía con gran interés la trayectoria de aquella vida atormentada, animándolo y consolándolo en sus horas de amargura y desaliento, procurando desvanecer aquella tempestad interior de preocupaciones metafísicas durante las cuales consultó con frecuencia la "Summa Theológica", de Santo Tomás de Aquino, que ocupaba uno de los estantes de su biblioteca. Largas conferencias con sacerdotes, asidua asistencia a la "Hora santa" que, a la luz del crepúsculo, se verificaba en la Iglesia del convento de las Monjas Catalinas y la lectura de libros sobre cuestiones de Dogma y Moral llenaban, en gran parte, las horas que le dejaba libre su cargo de escribiente del Registro de la Propiedad, en La Laguna. Después de una larga y laboriosa gestión florecieron de nuevo sus ideas religiosas.

Yo asistí, lleno de júbilo, a este retorno del hijo pródigo a la casa paterna. El escritor, después de una confesión general de sus pasados extravíos, comulgaba en la Iglesia de San Agustín. Por esa fecha se hizo terciario dominico,

asistiendo asiduamente a los actos que la Orden celebraba en la Iglesia del Convento de Monjas Catalinas. Ingresó también en la "Adoración Nocturna", a cuyas vigiliias en la Iglesia de San Agustín nunca faltaba. Con motivo del centenario de Santo Domingo de Guzmán, la "Fiesta de las espigas" se celebró aquel año en Icod, la ciudad pintoresca del milenario drago y de Fray Juan de Jesús y del canónigo y diputado Key y Muñoz. Y allá fuimos a sentir la divina poesía de esta fiesta eucarística tan honda y tan inefable. Yo le veía transfigurado por la emoción religiosa de aquellos actos a Cristo en el misterio del Sacramento del Amor. Eran entonces sus lecturas predilectas las "Confesiones", de San Agustín, y las obras que el gran escritor francés Huysmans había escrito después de su vuelta al Catolicismo: "La catedral", "El oblató", "En camino", "Vida de Santa Liduwina", "Las multitudes de Lourdes". Aquellos libros fuertes, hondos, donde aquel gran temperamento de artista vaciaba toda su emoción religiosa, le atraían grandemente. Y también el escritor italiano Juan Papini, con su "Historia de Cristo" y su "San Agustín". Sentía el sortilegio de las páginas escritas por aquellos temperamentos de vendaval que habían pasado por los arenales por donde él pasó.

Por esta época tuve el íntimo gozo de ser portador para "Gaceta de Tenerife"—dirigida entonces por mi querido amigo, el periodista Adolfo Febles Mora—de un artículo de Arocha, titulado "Deuda sagrada", que era la retractación pública y solemne que el escritor hacía de sus pasados extravíos, página rebosante de fé católica, de humildad y de conmovedor arrepentimiento. Más tarde llevé al mismo periódico otro artículo, de carácter apologético, titulado "Jesucristo, Rey de los siglos", escrito con motivo del número extraordinario que "Gaceta de Tenerife" publicó en honor del Santísimo Cristo de La Laguna.

En este su retorno a la Iglesia Católica, Rafael Arocha hizo un auto de fé de todas las obras de su biblioteca que no estaban acordes con el Dogma y con la Moral de Cristo,

En este estado de espíritu vivió hasta el año 1928 en que una nueva crisis ideológica y moral se obró en él. Entonces comenzó a publicar versos en "Las Noticias", periódico lagunero. Arocha repuso las obras que había destruido, entre ellas las de Alejandro Dumas (padre), por las que sentía gran predilección. De este tiempo es su obra "Reflejo de lo eterno", escrita en octosílabos e impresa por Narciso Vera, en 1929. Consta de ocho sonetillos y una quintilla. El tema se inspira en un pasaje de la obra "Diferencia entre lo temporal y lo eterno", del Padre Nieremberg. A los versos preceden estas sugerencias filosóficas acerca del tiempo: "El tiempo tiene más de función subjetiva que de entidad externa. Si no existiera el oído, no habría sonidos, tan sólo vibraciones. Así también, sin el espíritu, no existiría el Tiempo, solamente habría el movimiento de los seres. Cuando el alma embriagada de felicidad, reposa en el bien, el Tiempo no existe. Mejor dicho, el Tiempo y la Eternidad son una misma cosa."

Durante esta época ocupaba un cargo de escribiente en la oficina de "Arbitrios Municipales", en La Laguna. Por demás está el decir que abandonó de nuevo sus prácticas religiosas. Un nuevo y más grave ataque de enajenación mental de nuestro biografiado obligó a las autoridades de la ciudad de La Laguna a recluirlo en el Sanatorio Psiquiátrico de la Provincia, en el año 1933. Allí permaneció hasta 1935 en que fué dado de alta.

Rafael Arocha sale del Sanatorio dotado de una facilidad extraordinaria para escribir, pues antes era excesivamente premioso para ello, de lo cual se lamentó ante mí varias veces. Si se compara su labor literaria de la primera época con la de la segunda, se advierte que la de ésta es cuatro veces más extensa que la de aquella. Claro que se observa en los trabajos de la primera época más densidad de ideas y una mayor preocupación por la forma. Los escritos de sus nueve últimos años se distinguen por la fluidez, por la espontaneidad y por un íntimo sentido de añoranza. Diríase que en esos nueve años vació en la forma la reviviscencia de todos los recuerdos de su vida y de todos sus conocimientos. Se advierte en estos trabajos últimos, además de una gran facilidad para escribir, una poderosa memoria. Parece el cicerone de la ciudad de La Laguna de la época de su infancia y de su juventud. Durante este tiempo escribe asiduamente en "La Prensa" y en "La Tarde". El mismo escritor se da cuenta de este cambio y de esta inusitada facilidad. En una carta que me escribió con fecha 15 de abril de 1935 dice: "Yo también me encuentro lleno de optimismo y de ilusión que como usted sabe son los resortes de la vida y sin los cuales ésta sería oscuridad y desolación. Me encuentro con más facilidad que nunca. En Dios pongo toda mi confianza y luego me dejo llevar de la inspiración. Las fuerzas del espíritu son inagotables. Cuanto más trabaja, más se perfecciona, se aquilata y se enaltece. Leo poco, pero escribo bastante y tengo grandes proyectos que espero llevar a la realización, Dios mediante. En mi alma se ha operado una renovación total. Es como si todos mis conocimientos se hubiesen fundido en un molde nuevo del cual saco una escultura armónica cristiano-helénica, que alzo hasta Dios en las alturas de la contemplación..."

"Adelante, querido amigo; debe usted coleccionar sus trabajos y publicarlos en forma de libro. No sé si lo habrá hecho ya, pues, como usted sabrá, he estado preso tres años sin comunicación con el mundo e ignoro, por lo tanto, muchas cosas, lo cual me hará decir tal vez alguna tontería, hasta que vaya rehaciéndome. Salgo como Silvio Pellico, de las Prisiones, completamente modificado y espero tener más suerte que Oscar Wilde.

El trabajo intelectual y la castidad han de ser los factores de mi rehabilitación."

Con motivo de la publicación en "La Tarde" de una poesía mía titulada "Cobardía", recibí, en julio de 1942, esta otra carta: "Mi querido amigo y compañero: "¿Por qué esa "Cobardía"? Hay que ser optimista, que, al fin del camino, nos espera alguien, como diría Francisco Izquierdo. Hay que tener valor. Estando seguros de nuestro destino, ¿por qué hemos de acobardarnos? Esta vida terrestre es una etapa del camino eterno de nuestra existencia y hay que cumplirla debidamente. ¿Le place a usted entablar conmigo una correspondencia filosófico-literaria?"

En esta carta—en la que él da a mi poesía un sentido en que yo no pensé—se advierte también el ansia de escribir siempre, de vaciar en la forma la germinación y reviviscencia de las ideas que bullían en su cerebro.

Así vivió en Santa Cruz de Tenerife hasta que en abril de 1943 ingresó en el Hospital Civil de la dicha ciudad con objeto de ser sometido a una inaplazable operación quirúrgica, falleciendo durante ésta el 19 de dicho mes.

Antes de ser sometido a esta operación recibió los Santos Sacramentos de la

Penitencia y Extremaunción que le fueron administrados por el R. P. Andrés, de la Residencia de la Compañía de Jesús, de la Parroquia de Nuestra Señora de la Concepción de Santa Cruz de Tenerife. Su cadáver estuvo de cuerpo presente en el Depósito del Hospital y verificóse su sepelio a las doce del día 20 de abril, concurriendo amigos y admiradores del finado, poetas, periodistas y escritores tinerfeños. Días después en la Parroquia de la Concepción de La Laguna se celebró un funeral por el eterno descanso de su alma, costeado por amigos suyos de la dicha ciudad.

El día del sepelio del notable escritor, mi querido amigo el poeta lagunero Alvarez Cruz enseñóme una lista de las obras de D. Rafael Arocha Guillama, de puño y letra del extinto. Días más tarde, el 1º de mayo de 1943, el citado poeta publicaba en "La Tarde" una crónica de la que copio lo siguiente, que pone de relieve la facilidad y fecundidad que floreció en nuestro biografiado durante los últimos nueve años de su vida: "Entre mis papeles encuentro una nota escrita de su puño y letra—clara letra de amanuense que no revela ninguna característica de escritor—que da cuenta—mitad proyectos en borrador, mitad obra efectiva y acabada—de sus realizaciones literarias. Nada más sugerente por su misma diversidad. En ella hallamos los siguientes títulos de libros: "En la tarde dorada", "Péndulo mental", "Aguere", "Reflejo de lo eterno", "Floreal pagano" y "Pequeño devocionario cordial", volúmenes de versos. Y una larga lista en prosa: "De mi tierra" (divagación), "Pentápolis" (novela), "De la vida" (cuentos), "Divagación por el zodiaco" (año poético), "Mármoles griegos", "Divagaciones de un excéntrico", "Psicología religiosa", "Psicología del Adorador nocturno", "Mi evolución religiosa", "Cartas filosófico-literarias", "Recuerdos del tiempo viejo" (apuntes autobiográficos), "Ensayos literarios" (recopilación), "Hace cincuenta años" (recuerdos), "Motivos", "Leyendo libros" (crítica), "Los contemporáneos" (siluetas breves), "Orientaciones (estudios sociales)", "Una ventana al infinito" (ensayo), "In memoriam" (artículos necrológicos), "El reino de Cristo", "El cielo", "El milagro", "El orden", "Gimnasio y Academia", "La perfección en el paganismo" (Catón), "La perfección en el Cristianismo" (León XIII), "La locura" (visiones), "Aguafuertes del Calvario", "Añoranzas", "Vida nueva" y otros."

Rafael Arocha Guillama es el escritor de su generación de pensamiento más fuerte, el de más honda cultura. Torturado por la duda metafísica recorre, sombrío y solitario y trágico, los más opuestos caminos ideológicos. Su afán era romper todos los velos, descubrir a plena luz el secreto de la esfinge. Espíritu excesivamente analítico, naufragaba en un mar de sombras cuando quería ir más allá de donde las fuerzas de la razón y el brío sobrenatural de la fé lo permiten. Este exceso de análisis, acaso de origen patológico, le hizo extraviarse varias veces en el camino de su vida. Acaso la buena fé en que vivió durante los distintos y opuestos rumbos de la aventura de su vivir le salvó ante Dios que le concedió la gracia del arrepentimiento final.

Cuando nos despedimos de sus restos se nos antojó que algo íntimo moría también con él: toda una época de la antañona ciudad de La Laguna, que él—ilusorio y lírico ropavejero—nos descubrió a través de la densa cortina de lluvia que antes la envolviera.